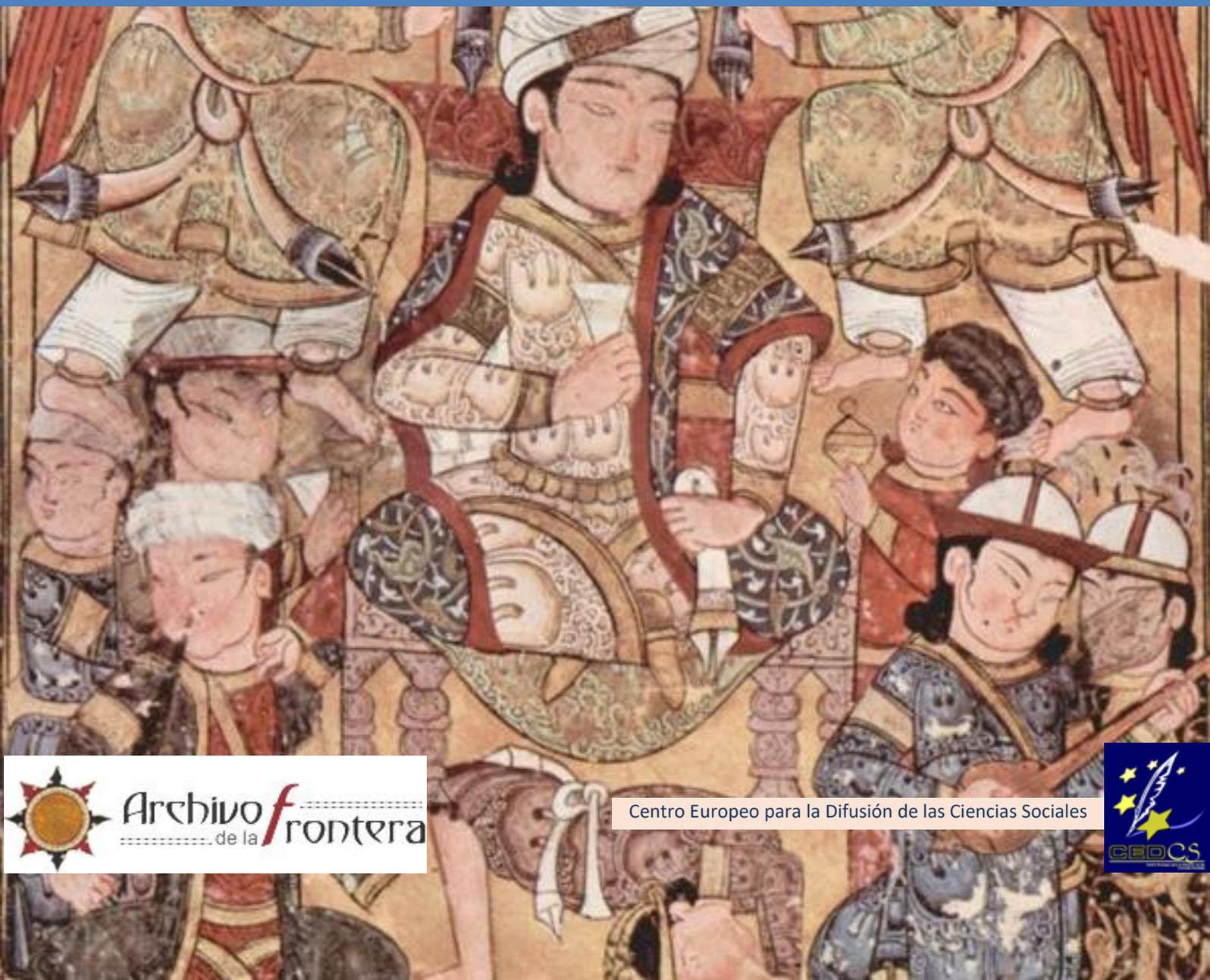


“Andanzas y aventuras del emir Baïbars y su fiel escudero Flor de Truhanes”

III – LOS BAJOS FONDOS DEL CAIRO

43 – La danza de la muerte

Edición y traducción: Esmeralda de Luis





Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”

III – Los Bajos Fondos del Cairo

43 – La danza de la muerte

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
 esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
 Fecha de Publicación: 2018
 Número de páginas: 6
 I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
 Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

43 - La danza de la muerte



Hayích se marchó hasta su jaima y allí estuvo mientras vestía a sus bailarinas, tal y como Baïbars le había ordenado. Cuando salieron, Jidr le preguntó:

- Eh, bayadera, ¿qué es esto?

- Es una pantomima: de un lado, Jidr El-Buhayri y su ejército, y del otro, Baïbars y sus mamelucos, dispuestos todos ellos a entrar en combate.

- *Tuuuuu*, por el sheij Abu Abed. Como los mamelucos derrotan a los beduinos, pienso matar a Hayích y a su gente.

El combate empezó: asaltos, intercambio de golpes, avances, retiradas, y así durante una hora. En ese momento, la bailarina vestida de Baïbars, atacó a la que hacía de Jidr, y le dio en la cabeza tal golpe con el sable, que le hizo volar su turbante por los aires. Aquello significaba que le había cortado la cabeza. Las otras bailarinas, disfrazadas de mamelucos, arrancaron los turbantes de las que hacían de beduinos, y gritaron victoria. Entonces, Jidr se puso de pie, se volvió a sentar, echando espumarajos de rabia por la boca. Sus ojos llameaban, y estuvo a punto de perder el sentido; ¡tal era la cólera que se había apoderado de él!

- ¡Ah, hija de perra! Por el sheij Abu Abed, no pienso ensuciar mi sable con la sangre de una bayadera; pero tengo una idea. Venga, perra, ve a disfrazarte de Baïbars y vuelve rápido aquí.

Jidr tenía por madre, a una vieja arpía, llamada “la hiena”. La llamó y ordenó que se disfrazara, y le dio su sable, encargándola de que le representara a él en el combate contra Hayích. También obligó a venir a las madres de sus lugartenientes, veinticuatro viejas brujas, a las que ordenó que se disfrazaran de beduinos.

- Con tus bailarinas –dijo a Hayích-, vas a volver a empezar la escena, desde el principio, ¡y ahora te vas a enterar de lo que es una batalla, zorra!

Hayích no sabía qué hacer. Baïbars la llamó, le dio su propio sable y le dijo:

- No temas, córtale la cabeza.

- ¡Por favor, emir Baïbars, ten piedad!

- Yo estoy aquí, y mis hombres también. Di a tus bailarinas que vayan a por todas, y que nada teman.

Entonces, Hayích cogió el sable, se lo echó al cinto, y se puso de acuerdo con sus muchachas para matar a las viejas beduinas. Rápidamente se colocaron en su sitio. Las chicas de Hayích, prestas como orgullosas gacelas, primero estuvieron combatiendo como para pasar el rato. Luego, Hayích recitó un poema, blandió su sable, y le dio tal golpe a la madre de Jidr, que le cortó la cabeza, poniendo fin a sus días. A esta señal, todas las muchachas ejecutaron a las viejas beduinas, madres de los lugartenientes de Jidr El-Buhayri.

Éste pegó un salto, y con voz de trueno, se puso a vociferar contra Hayích, imitado por sus lugartenientes. Aterrorizada, arrojó su sable y corrió a refugiarse junto a Baïbars.

- ¡Socorro, soldado!

Baïbars vio a Mohammad Ibn El-Kâmel a su derecha.

- ¿Puedes echarla sobre tus hombros y llevártela de aquí a Mahalla?

- Sí, por tu padre.

La cogió a hombros, salió por la parte de atrás del pabellón, y huyó con ella hacia Mahalla.

Baïbars arrojó su amplio manto beduino y apareció armado hasta los dientes.

- ¡Aaaa, perro apestoso! –le gritó a Jidr-, ¡tú, que eres más astuto que un lobo! ¡Sabe que te las vas a ver con Baïbars, jefe del distrito de Mahalla! ¡Prepárate a morir! ¡Voy a cortarte la cabeza y a poner fin a tus días! ¡No dirás que te he cogido a traición! He venido para vengar a mi predecesor, el jefe del distrito de Mahalla.

Jidr arremetió contra Baïbars, sable en alto, pensando que le haría volar la cabeza, pero Baïbars, ligero como la brisa, esquivó el golpe, saltó a un lado y se puso tras él. Entonces, sacó su *lett* de diez ratls y le asestó tal mazazo en la espalda, que le tiró al suelo cuan largo era, con el cuerpo magullado y la sangre saliendo a borbotones por nariz, ojos y orejas.

- ¡Has dao en la diana, soldao! –le gritó Otmân-. ¡A ver quién pué hacerlo mejor! ¡Has deslomao a ese cerdo de un solo porrazo y no ha tenío tiempo ni pa un suspiro!

Mientras tanto, los lugartenientes de Hidr se habían lanzado contra las bailarinas, y éstas corrieron a refugiarse junto a los valerosos muchachos de Otmân, que pasaron al ataque, gritando:

- ¡Danos tu fuerza, oh, protectora del Cairo!

Pero cuando los lugartenientes vieron a su emir yaciendo en el suelo desvanecido, se precipitaron fuera del pabellón.

- ¡A caballo! ¡A caballo! Ahí está Baïbars, el jefe del distrito de Mahalla. Ha derribado a nuestro jefe y lo ha cubierto de moratones.

Entonces Baïbars comenzó a llamar a gritos a sus mamelucos:

- ¡*Hayy mamluker!* ¡*Ummet Mehmerler*¹! ¡*Sus*² a esos hijos de puta!

Y aquello fue la debacle. Los lugartenientes querían saltar sobre sus caballos para cargar contra los mamelucos, pero en cuanto alguno montaba en la silla, los estribos se rompían; avanzaba un poco, y la silla rodaba hasta el suelo; si tiraba de las bridas, se quedaba con ellas en la mano, y si conseguía mantenerse a pelo sobre la cabalgadura, veía cómo ésta estaba atada por la cola a la de su vecino. ¡Si tiraba hacia adelante, el caballo, hacia atrás! No había nada que hacer.

En fin, que aquello fue una desbandada. Entre tanto, Baïbars llegó con sus hombres, espada en mano.

- ¡Es vuestra fiesta, cacho cabrones! –aullaba Otmân-. ¡Aquí estoy yo, Flor de Truhanes del Cairo!

Después de haber acabado con todos los lugartenientes de Jidr, montaron a caballo; pero entonces, el resto de la tribu se arrojó sobre ellos, rodeándolos por todas partes. En ese momento, los cuatrocientos mamelucos que Baïbars había apostado alrededor de la tienda, se lanzaron a la batalla, con un grito terrible que resonó hasta el fondo de los valles:

- ¡Por la bendición de Muhammad, señor de los hijos de Adnân!

La polvareda de los combates se elevaba, más oscura que la misma noche, como una nube de humo, en medio de la cual, los sables, al chocar, arrojaban chispas resplandecientes. Y la voz de Baïbars sobresalía en medio de aquel tumulto:

- ¡Dios es grande! ¡Malditos seáis, perros rebeldes! ¡El sable de Baïbars vuela sobre vosotros, y es más duro que el sílex! ¡Yo soy el mameluco del rey Sâleh, y vengo a buscar honor y victoria!

Y la voz de Otmân se elevaba aún más y respondía:

- ¡Yo soy el más grande, yo soy el más fuerte! ¡Otmân, Otmân, el rey del garrote! ¡Soy yo, el escudero del rubio soldao! ¡Vamos, muchachos, liquidarlos a tos, y luego les rascamos los bolsillos! ¡Venga, hijos de Haydab, *sus* a los *duinosbé*³! ¡Ésta va a ser vuestra fiesta, panda e cabrones!

Y entonces, se escuchó un tremendo aullido; los cuatro cuerpos del ejército que Baïbars había emboscado en las colinas llegaron, como mensajeros de la muerte. Y en ese momento

¹ En turco: “¡A mí, mamelucos! ¡A mí, Comunidad de Muhammad!

² *Sus*: ¡A muerte...!

³ ¡Muerte a los beduinos!

empezó el verdadero combate¹. Sables entonando su canto de muerte. Ojos deslumbrados por el destello del acero. Gritos de héroes y esforzados caballeros. Ojos anegados de terror, un rechinar de dientes. Caballos agotados. Los beduinos se creen rodeados. El espanto les invade. El amigo llora la pérdida del amigo. Una y otra vez los golpes. Al fin, el alba. Y el sol se levanta sobre un extenso mar de sangre.

Entonces, los beduinos volvieron grupas y huyeron en desbandada, implorando a Dios por su alma. Las mujeres y las viejas, abandonadas en el campamento, solicitaron amparo a Baïbars, que ordenó enfundar los sables.

Volvieron adonde habían dejado a Jidr, que aún estaba tendido en el suelo, escupiendo sangre por el golpe que Baïbars le había propinado.

- ¡Atadme bien a ese perro! –ordenó.

Otmân saltó sobre él.

- ¡Vaya, vaya, hijo de puta! ¡Qu'el buen Dios te maldiga! ¿Con que quieres jugar al perro y al gato con el soldao? ¿Es que no sabes que tié una almóndiga que t'arruina en menos que canta un gallo? Dios le bendiga; a él, al que l'ha fabricao, y al que se l'ha dao.

Otmân le ató y le cargó de cadenas.

Los cuatro mil mamelucos de Baïbars, y los dos mil reclutas de Mahalla se reagruparon. La tierra, regada de cadáveres que ya empezaban a pudrirse. Pero..., cuando andaban despejando un sitio para que el emir Baïbars pudiera reposar un rato; desde los cuatro puntos cardinales, en el horizonte, aparecieron las gruesas nubes de una enorme polvareda...



FIN de "Los bajos fondos del Cairo"

Cuyas historias continúan en el volumen IV:

"La cabalgada de los hijos de Ismail"

¹ Intentamos dar aquí el estilo extremadamente peculiar, que utiliza la literatura popular árabe cuando evoca las batallas; un estilo que no conforma una narración continuada, ni una descripción coherente, sino más bien una serie de instantáneas, tomadas desde el corazón mismo del combate.